

REG

4/2025 (8)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

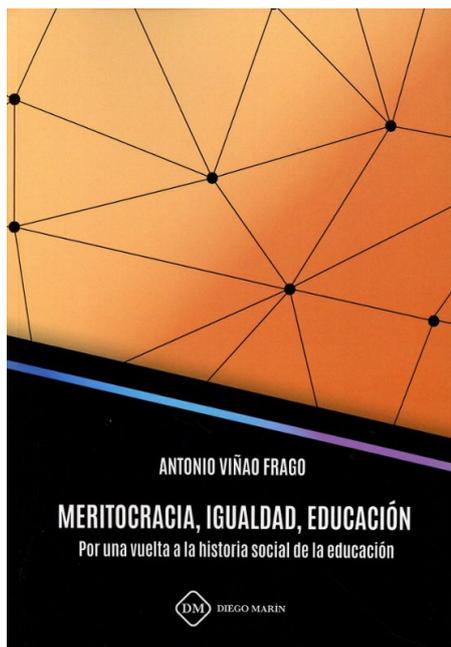
LUZ ESPIRO RONALDO MUNCK	Comprender la migración: desafíos pendientes	7
RONALDO MUNCK	Migration and Social Transformation: Myths, theories and politics	23
LUZ ESPIRO RÉGIS MINVIELLE	De ida y vuelta: Expectativas y desencuentros de la migración africana en Sudamérica	39
ORIOLE PUIG CEPERO	The central Sahel: climate change, migration and conflict	65
MARLUCE DA SILVA SANTANA	Murid religious recompositions from the South of France to Bahia in Brazil	87
CLAUDIA PEDONE	Los lugares sociales y la alta movilidad de las juventudes migrantes venezolanas en los procesos de transnacionalismo familiar	105
NICHOLAS MAPLE CAROLINE WANJIKU KIHATO	The Free Movement of Persons in Southern Africa: Aligning State Agendas with the Rights of all Migrants	133
ERHAN DOĞAN	Citizenship <i>À La Carte?</i> : <i>Migration and «digital nomads»</i>	161
DELPHINE PERRIN	Migration policies in the Economic Community of West African States, ECOWAS, a regional space in crisis. Through the lens of sovereignty	187

ESTUDIOS

MARCELA DE LOURDES OROZCO CONTRERAS JUAN MANUEL SANDOVAL PALACIOS WILLIAM I. ROBINSON	La expansión del capital transnacional en el Continente Americano	207
JOHN BROWN	El declive de Podemos en España: Moderación, faccionalismo, oligarquización y contrapoder popular débil	225

CRÍTICA

ENRIQUE FERNÁNDEZ-VILAS NICOLÁS PLAZA-GÓMEZ	¿Una Sociología del Mérito? Meritocracia, imaginarios y discursos contemporáneos de movilidad social	257
--	---	-----



Viñoa Frago, Antonio (2023).
Meritocracia, Igualdad, Educación.
Murcia: Diego Marín Librero Editor SL.
150 pp.

¿Una Sociología del Mérito? Meritocracia, imaginarios y discursos contemporáneos de movilidad social

Enrique Fernández-Vilas
Universidad de Valladolid
España

Nicolás Plaza-Gómez
Universidad de Valladolid
España

Resumen: El presente artículo analiza, desde la reciente publicación de Antonio Viñoa Frago (2023), la noción de mérito y su relación con los imaginarios de la meritocracia, poniendo especial énfasis en cómo esta narrativa ha sido utilizada para legitimar las desigualdades estructurales en sociedades contemporáneas. Se examina cómo la educación, entendida como un espacio de socialización primaria, opera bajo el discurso del mérito, reforzando la idea de que el éxito o el fracaso son atribuibles exclusivamente al esfuerzo individual, sin considerar las barreras socioeconómicas subyacentes.

Partiendo de un enfoque histórico, exploramos los orígenes de la meritocracia en el contexto de la ética protestante y la racionalidad capitalista, destacando cómo estos valores fueron interiorizados como normas sociales que justifican la posición socioeconómica de los individuos. Posteriormente, se analizan las contribuciones contemporáneas que evidencian la falacia del ascensor social, particularmente en contextos de alta segregación educativa y urbanística.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.663921>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

El estudio concluye que la objetivación del esfuerzo como criterio central del éxito educativo no solo perpetúa las desigualdades estructurales, sino que además refuerza la percepción de que el fracaso es consecuencia de la falta de mérito personal, invisibilizando las barreras sistémicas que condicionan el acceso a recursos educativos y laborales. En última instancia, se cuestiona el papel del discurso científico como mecanismo de legitimación del orden social meritocrático, sugiriendo que, lejos de promover la equidad, contribuye a consolidar un sistema que naturaliza las jerarquías sociales existentes.

Palabras Clave: Meritocracia; Movilidad Social; Estratificación; Desigualdad; Clases Sociales; Sistema Educativo.

A Sociology of Merit? Contemporary Meritocracy, Imaginaries and Discourses of Social Mobility

Abstract: This paper analyzes, based on the recent publication by Antonio Viñao Frago (2023), the notion of merit and its relationship with meritocratic imaginaries, placing particular emphasis on how this narrative has been utilized to legitimize structural inequalities in contemporary societies. It examines how education, understood as a primary space for socialization, operates under the discourse of merit, reinforcing the idea that success or failure is solely attributed to individual effort, without considering underlying socioeconomic barriers.

Starting from a historical perspective, the study explores the origins of meritocracy in the context of Protestant ethics and capitalist rationality, emphasizing how these values were internalized as social norms that justify the socioeconomic position of individuals. Subsequently, contemporary contributions that illustrate the fallacy of the social elevator are analyzed, particularly in contexts marked by high educational and urban segregation.

The study concludes that the objectification of effort as the central criterion of educational success not only perpetuates structural inequalities but also reinforces the perception that failure is a consequence of a lack of personal merit, thereby obscuring the systemic barriers that condition access to educational and labor resources. Ultimately, it questions the role of scientific discourse as a mechanism for legitimizing the meritocratic social order, suggesting that, far from promoting equity, it contributes to consolidating a system that naturalizes existing social hierarchies.

Keywords: Meritocracy; Social Mobility; Stratification; Inequality; Social Classes; Educational System.

Introducción

La noción de mérito educativo está indudablemente establecida en el universo simbólico del pensamiento euroamericano, al constituir una de las creencias sobre las que los sujetos han sido socializados desde las primeras etapas de su desarrollo. Dicho imaginario social (IS) se reproduce de manera transversal a través de las instituciones como la educación reglada y la escuela, objetivando percepciones sobre la justicia, el esfuerzo individual y el éxito académico. Entre las principales creencias encontramos que el rendimiento depende de las cualidades innatas del individuo, que existe una igualdad de oportunidades, la naturaleza del currículum o la neutralidad del profesorado.

La idea del mérito y de la meritocracia se encuentran objetivadas de una forma hegemónica en el IS. Así, en un escenario de sociedades capitalistas – y desde el paradigma individualista- la formación de la identidad de las diferentes personas se caracteriza por la consecución del éxito que indica y establece el grado de satisfacción individual (Duarte, 2009). Las sociedades modernas son cada vez más meritocracias basadas en la educación, en las que las escuelas identifican y cultivan las capacidades y el desempeño (Bills, 2019).

La estructura social requiere que existan desigualdades entre unos individuos y otros para su reproducción. Siguiendo a Offe (2018), desde la tradición marxista, el capitalismo, además de crecer económicamente, necesita ser legitimado socialmente con el fin de evitar las contradicciones propias del proceso de acumulación del capital, las cuales pueden tener resultados indeseables en el orden social¹. El discurso meritocrático², extendido en la sociedad actual, legitima las desigualdades sociales como justamente merecidas, y el fracaso se entiende como personal (Mijs, 2016). La literatura ha estudiado cómo, además, de los efectos adversos para los estudiantes de la clase trabajadora (Reay, 2020), hay repercusiones más extensas para la sociedad, dado que intensifican las divisiones sociales y promueven el aumento de la desconfianza, los prejuicios, la envidia o el resentimiento entre los diferentes grupos sociales. Por su parte, otros trabajos (e. g., Jin y Ball, 2019) han explorado el concepto de «éxito» en un entorno meritocrático y han sugerido una nueva forma de dominación simbólica para los estudiantes de alto rendimiento. El reparto desigual debe ser legítimo, o sea, aprobado por las partes involucradas. Esto implica que tanto los perdedores como los ganadores deben percibir que la distribución ha sido equitativa.

1 En este sentido, *vid.* Bell (1973) y Harvey (2014).

2 Entiéndase la idea de discurso como «líneas de enunciación simbólica que se producen desde posiciones sociales para diferenciarse, legitimarse y tratar de apropiarse del sentido de lo colectivo (Alonso y Fernández Rodríguez, 2013: 12).

Los fundamentos ideológicos de la meritocracia se encuentran, entonces, en valores morales que emergieron durante en los estadios tempranos del capitalismo, y que encontraron en la religiosidad un vehículo para su legitimación. Durante el auge del protestantismo en Europa y del confucianismo en Asia, se consolidó la idea de que el éxito personal era una recompensa al esfuerzo individual, justificando así las desigualdades económicas como una consecuencia natural del mérito y el trabajo arduo (García y Archevaleta, 2011). Dicha narrativa, inicialmente basada en principios religiosos, ha sido posteriormente refrendada por teorías científicas y modelos educativos que refuerzan la idea de que el destino social está determinado por las habilidades y talentos personales, consolidando así una estructura de legitimación de las jerarquías socioeconómicas bajo el pretexto de la equidad y la justicia meritocrática.

En el presente marco, utilizaremos la reciente obra de Viñao Frago (2023) -al igual que trabajos de referencia en el ámbito (e. g., Markovits, 2019; Piketty 2021; Sandel, 2020)- para comprender cómo se construyen y consolidan las nociones de mérito y meritocracia en las sociedades contemporáneas. El discurso meritocrático no solo organiza las relaciones escolares y académicas, sino que además contribuye a la reproducción de estructuras de poder y control social bajo el disfraz de la equidad y la justicia. La escuela, entendida como un espacio de socialización primaria, se convierte así en un escenario donde se perpetúan estas dinámicas mediante prácticas curriculares, evaluativas y disciplinarias que refuerzan la legitimidad del mérito como criterio central de estratificación social.

Entretanto, aquí argumentamos que la ideología meritocrática actúa como un mecanismo de naturalización de las desigualdades sociales, al presentar el éxito académico como resultado exclusivo del esfuerzo individual, invisibilizando así las condiciones estructurales que limitan o potencian el desempeño de los sujetos. De esta forma, se construye un relato donde el fracaso se personaliza y el éxito se celebra como signo inequívoco de virtud y capacidad. Esta narrativa, al no cuestionar los privilegios de origen ni las barreras sistémicas, legitima la desigualdad bajo el amparo del mérito, perpetuando así la estructura de clases y limitando la movilidad social.

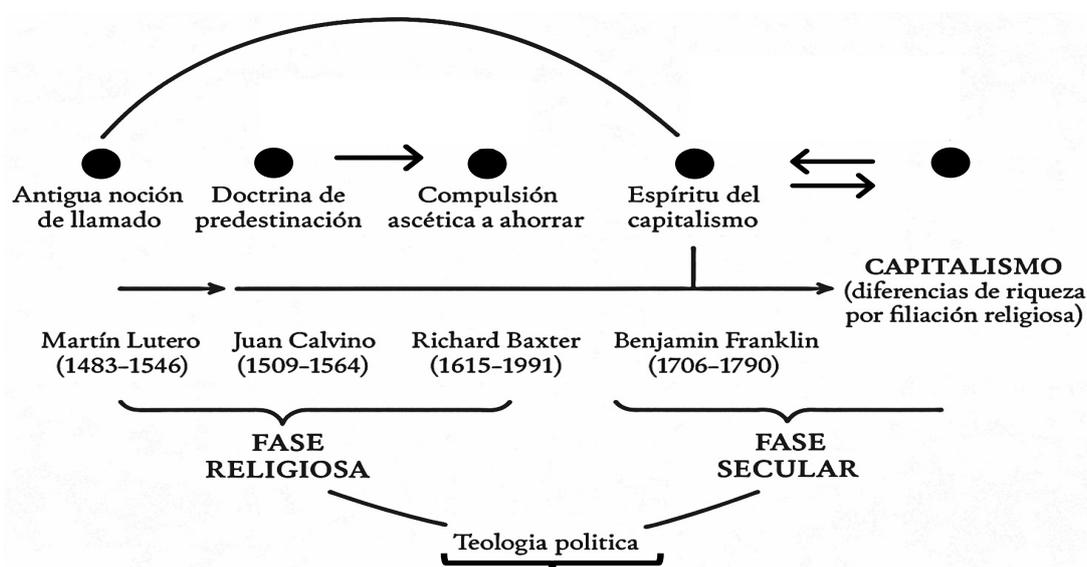
La moralización del esfuerzo y la ética capitalista

El proceso de moralización del mérito que ha acompañado históricamente al desarrollo del capitalismo moderno. De acuerdo con Weber (1904/1992), la racionalidad capitalista se consolidó de forma paralela a una percepción religiosa del trabajo como vocación (*Beruf*), en la que el esfuerzo constante, la

autodisciplina y la ausencia de hedonismo eran indicativos de salvación espiritual y rectitud moral³.

En este sentido, la noción de mérito ha sido frecuentemente asociada con los principios morales derivados de dicha ética, en la cual se establece una conexión directa entre el esfuerzo laboral y el éxito económico (*vid.* Figura 1). Dicha idea justificaría las desigualdades bajo el argumento de que el triunfo es consecuencia del trabajo arduo, un razonamiento que sigue siendo igualmente codificado en el sistema educativo contemporáneo, allí donde la competencia estructural opera bajo parámetros similares (Kristol, 1970).

Figura 1. Tesis de la ética protestante weberiana.



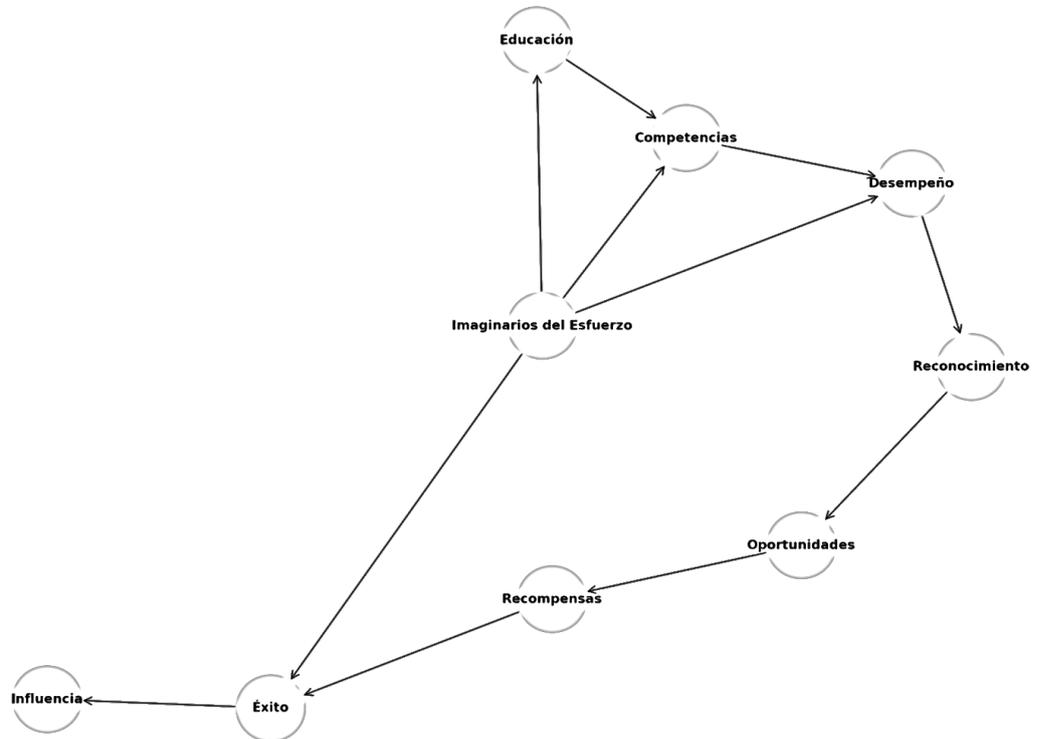
Fuente: adaptado de Chriss (2019).

Por lo tanto, la ética protestante-capitalista no solo ha dado forma a las prácticas económicas modernas, sino que también ha influido sucintamente en las formas de subjetivación posindustriales, estableciendo un ideario de ciudadanía fundamentado en la productividad, la competencia y la autoexigencia. Esta lógica se infiltra en el ámbito educativo bajo la apariencia de *ecuanimidad moral*, pero desempeña un papel ideológico: tratar el fracaso como un premio y el privilegio como un beneficio, ignorando los procesos estructurales que los generan. La correlación, por tanto, es que el IS meritocrático (*vid.* Figura 2), alimentado por la ética capitalista y perpetuado por las prácticas educativas analizadas por Viñao Frago, actúa como un mecanismo ideológico

3 Para una discusión al respecto, *cfr.* Barbalet (2008); Greenfield (2001).

que naturaliza y normaliza las desigualdades. Al interiorizar la idea de que el éxito o el fracaso son resultados individuales, la sociedad acepta las jerarquías sociales como justas, ignorando los factores estructurales que las generan.

Figura 2. Meritocracia vinculada a los IS.



Fuente: elaboración propia.

Así, variables y fenómenos como la configuración espacial de las ciudades, la estratificación del sistema educativo y la tendencia a formar vínculos sociales entre personas de contextos socioeconómicos similares limitan las oportunidades de interacción con individuos de distintos entornos sociales. Esta falta de conexión no solo reduce la posibilidad de establecer relaciones heterogéneas, sino que también dificulta el desarrollo de una comprensión crítica acerca del privilegio y las desigualdades estructurales (Mijs, 2016).

En el descrito escenario, resulta fundamental centrar el análisis en las percepciones y actitudes frente a la desigualdad y la meritocracia, de forma que podamos destacar la importancia de los estudios que exploran las ambivalencias⁴ y contradicciones en torno a conceptos como el mérito, la igualdad y el papel del *welfare*. Estos estudios revelan frecuentemente inconsistencias en la

4 Desde la Sociología, entendemos la ambivalencia como la *escisión multiyoica del sujeto* (Romero Moñivas, 2016). Cfr. Lüscher (2002), Martín Criado (2014), Merton (1946/1980).

percepción social sobre las causas de la riqueza y la pobreza, oscilando entre explicaciones basadas en el mérito individual y aquellas que apuntan a factores estructurales, especialmente en sociedades donde las disparidades sociales son marcadas. En el caso español, estas disonancias parecen ser particularmente notorias, evidenciando un contraste entre la atribución de la riqueza a factores meritocráticos y la conciencia sobre las desigualdades estructurales (Viñao Frago, 2023).

El ascensor social: crónica de una falacia

La noción de «ascensor social» ha sido un tema recurrente en el ámbito de la sociología, especialmente en lo que respecta a la movilidad social y las promesas inherentes al sistema meritocrático. En teoría, el ascensor social opera bajo la premisa de que las oportunidades de ascenso están disponibles para todos, independientemente de su origen socioeconómico, siempre que se cuente con talento, esfuerzo y educación. Sin embargo, un análisis crítico revela que esta visión idealizada rara vez se corresponde con la realidad (Bourdieu, 1979):

La igualdad de oportunidades y la meritocracia son la teoría; la realidad son las desigualdades. La igualdad o, al menos, un proyecto igualitario dio origen a un período de crecimiento, en los años anteriores y posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que finalizaría hacia 1980, basado en la máxima progresividad fiscal y mínima desigualdad conocidas. Esos años fueron los de la generalización de las enseñanzas primaria y secundaria. La ideología neopropietarista que se desarrolla a finales del siglo XIX y principios del XXI no es un «simple retorno» al propietarismo del siglo XIX y comienzos del XX con su «sacralización de la propiedad privada. El papel desempeñado por el discurso meritocrático de este último fue «limitado» (Viñao Frago, 2023: 33).

En el contexto contemporáneo, las sociedades occidentales han construido sus sistemas educativos y laborales sobre los pilares de la meritocracia, asumiendo que el talento y el esfuerzo son los únicos factores determinantes del éxito social. Esta narrativa ha sido cuestionada por estudios que señalan que el capital cultural, económico y social sigue jugando un papel determinante en el acceso a oportunidades (Putnam, 2015). El capital cultural heredado por las clases dominantes actúa como un filtro que asegura su posición privilegiada, limitando las posibilidades de ascenso para los sectores menos favorecidos (Bourdieu, 1979).

Las brechas socioeconómicas afectan directamente las oportunidades educativas y laborales de los jóvenes, evidenciando que el ascensor social está averiado en las sociedades capitalistas avanzadas, donde la desigualdad se

ha consolidado a tal punto que las posibilidades de movilidad ascendente son cada vez más restringidas (Putnam, 2015).

Asimismo, la narrativa meritocrática ha sido cuestionada argumentando que el sistema está diseñado para reproducir las estructuras de poder existentes, más que para democratizarlas (Goldthorpe, 2013). La educación, lejos de ser el gran equalizador, actúa como un mecanismo de legitimación de las desigualdades estructurales, permitiendo que las élites consoliden su estatus mediante la adquisición de credenciales formales (Goldthorpe, 2013).

Este proceso de legitimación se refuerza mediante un discurso que asocia el éxito exclusivamente con el esfuerzo individual, obviando los condicionantes estructurales que limitan las oportunidades de ciertos sectores. Un sistema basado únicamente en el mérito no solo perpetuaría la desigualdad, sino que además la legitimaría bajo la apariencia de justicia y equidad (Young, 1958). En este marco,

La formulación estricta de la versión meritocrática del principio del mérito es aparentemente muy simple: la más conocida [...] se expresa en la ecuación $IC+E=M$: coeficiente intelectual, o sea, inteligencia o talento+esfuerzo=mérito. Una versión más completa, de apariencia también sencilla, estaría representada por una secuencia que partiendo del origen social (familia, clase o estatus, contexto) condujera al estatus socio-profesional de cada cual (empleo u ocupación, niveles de renta y patrimonio, reconocimiento social, laboral y profesional) a través de la educación/formación adquirida (credenciales académicas formales) [...] En esta secuencia, el segundo ítem, la educación, constituiría el elemento clave, central, formalmente igualitario [...] que, en función de la inteligencia o talento y el esfuerzo escolares, aseguraría [...] que la asignación u ocupación de una determinada tarea y posición social [...] no solo es la correcta desde el punto de vista del uso eficiente del capital humano, sino también de la modernización y la justicia sociales (Viñao Frago, 2023: 13-14).⁵

5 En las teorías que abordan el proceso de modernización, se ha sostenido que a medida que una sociedad avanza económicamente, también se vuelve más inclusiva y accesible, permitiendo que el mérito personal prevalezca sobre los orígenes socioeconómicos. Esta visión plantea que los sistemas educativos y laborales desarrollan mecanismos más objetivos y estandarizados para evaluar a las personas, reduciendo así el peso del estatus social de partida (Bell, 1973; Parsons, 1977). Dentro de este marco, la industrialización es percibida como un catalizador que impulsa la transparencia en los procesos de clasificación y selección profesional, creando un entorno supuestamente más justo (Grau-Grau, 2022; Treiman, 1970).

En décadas recientes, diferentes planteamientos han argumentado que el éxito social depende fundamentalmente de las capacidades individuales y el esfuerzo, minimizando el impacto del contexto socioeconómico en el destino de las personas (Saunders, 1995; 2002). Sin embargo, esta perspectiva ha sido objeto de críticas, ya que las estructuras de desigualdad continúan limitando las posibilidades de ascenso social efectivo (Breen & Goldthorpe, 1999). En un análisis comparativo, se ha señalado que en países con mayor acceso a la educación superior, las aptitudes individuales parecen tener un peso más determinante en el logro profesional, aunque esto no necesariamente implica que los obstáculos derivados del origen social hayan desaparecido (Marks, 2010).

El ascensor social, tal como se presenta en el discurso meritocrático, acaba funcionando como una falacia cuando se contrasta con la realidad estructural. Las credenciales académicas, que se proponen y presuponen como instrumentos de movilidad, terminan actuando como barreras para quienes no poseen los recursos necesarios para acceder a ellas, perpetuando un ciclo de exclusión que sigue beneficiando a las élites consolidadas (Bourdieu, 1979; Young, 1958; Putnam, 2015; Goldthorpe, 2013).

La objetivación del esfuerzo como causa determinante del éxito educativo

A medida que las sociedades avanzan, parecen perder sus señas religiosas, aunque conservan ciertos aspectos moralizantes. Cada perspectiva del mundo valida un distinto ideal de instituciones sociales; el humanismo progresista respalda la meritocracia al promover tanto el éxito personal como la aportación social (Zhang, 2024)⁶. Las perspectivas reformistas de la educación se centran en la inversión educativa para facilitar la potenciación de las aptitudes individuales desde una igualdad de oportunidades.

Sin embargo, Coleman (1968) ya evidenció en su conocido informe cómo la privación cultural en el entorno familiar constituye un factor determinante en la generación de desigualdades en el ámbito escolar. Esta condición, entendida como la carencia de recursos simbólicos, lingüísticos y educativos que faciliten la adaptación y el éxito académico, actúa como un condicionante estructural que trasciende las intervenciones implementadas desde el sistema educativo. No obstante, esta perspectiva ha generado controversia en el ámbito de las ciencias sociales y la pedagogía crítica, al percibir que tal enfoque podría pasar por alto el rol transformador que la escuela puede tener en situaciones de vulnerabilidad. El informe reinterpretó la igualdad de oportunidades trasladando el foco a la igualdad de resultados, también en lo escolar (Enguita, 2016)⁷.

Así, la escuela mantiene y refuerza el orden social y económico existente y, por ende, no puede actuar como el motor de cambio hacia una sociedad más igualitaria (Bowles y Gintis, 1985). En este sentido, el discurso meritocrático

6 El propio Zhang (2024) ha argumentado que la meritocracia no es más que una «ilusión» que, en lugar de premiar contribuciones auténticas a la sociedad, recompensa la exhibición performativa de «mérito», alineada con los valores capitalistas de estatus, consumo y visibilidad

7 En su estudio en una escuela de negocios india, Vijay y Nair (2021) sostienen que la meritocracia actúa como «violencia ética» al ignorar las desigualdades de clase y casta. Del mismo modo, Oh (2024) observa que la meritocracia en Corea del Sur, especialmente tras la crisis del FMI en 1997, ha funcionado como una ideología para el neoliberalismo, que en consecuencia concibe a los individuos como capital humano, dando lugar a conflictos sociales, tal y como observa en el caso de los trabajadores irregulares. En este sentido, la meritocracia es un modelo que hace peligrar la convivencia, la solidaridad y la integridad personal (*vid.* Moretti & Contreras, 2021).

opera -en términos de Castoriadis (1975)- como una «significación imaginaria» que legitima las jerarquías sociales existentes al objetivarlas como el resultado natural de una competencia justa:

La meritocracia -y, por tanto, el mérito en cuanto principio que la sustenta- posee in inevitable «lado oscuro» que Michael Young puso ya al descubierto en 1958. No evita la desigualdad: pretende asegurar la igualdad de oportunidades sin lograrlo y justifica, legitimándola, la desigualdad de resultados. Se limita, pues, a asentar la desigualdad en nuevas bases, y, a la larga, restringe la movilidad social mediante la permanencia en la élite de quienes, legitimados gracias a los nuevos criterios meritocráticos, pertenecían ya a ella o de quienes -los menos- lograron acceder a la misma en momentos de fuertes cambios en la estructura social y laboral y en la movilidad migratoria (Viñao Frago, 2023: 173)⁸.

En contraposición a lo que sostiene cierto punto común y las superfluas críticas de algunos analistas, el liberalismo, el neoliberalismo y el libertarismo del siglo XX no son los encargados de instaurar el discurso meritocrático como fundamento legitimador de la diferencia de posiciones (Souroujon, 2021). Es por ello que, la escuela -como institución atravesada por este magma de significaciones-, reproduciría un orden social ocultando las condiciones estructurales que configuran el fracaso escolar.

Lo particular de la mediación simbólica del poder en las sociedades capitalistas es que se basa en un discurso científico, el cual afirma que todos los individuos son iguales y que la inequidad es el producto de la competencia entre dichos sujetos (Rehbein y Souza, 2015). La ciencia, entonces, funciona como mecanismo objetivador del universo simbólico (Berguer y Luckmann, 1968) o de la posición que ocupa el mérito y la meritocracia en el conjunto de significaciones en el que se encuentra:

Si la meritocracia es el problema, ¿cuál es la solución? ¿Deberíamos contratar entonces a los trabajadores basándonos en nepotismo, o en algún otro prejuicio, en vez de en su aptitud para el trabajo en cuestión? ¿Deberíamos volver a los tiempos en que las universidades de la Ivy League admitían como alumnado a los hijos privilegiados de familias

8 Se refiere a la obra de Young (1958/2017), *The rise of the meritocracy*. A través de una narración futurista, advierte sobre los peligros de una sociedad que se organiza completamente en función del mérito. Young critica cómo, en teoría, la meritocracia debería premiar el esfuerzo y la habilidad, pero en la práctica, refuerza las desigualdades y crea una élite aislada, que justifica su poder basado en un supuesto «mérito» personal, sin considerar las condiciones de partida desiguales. Young mostró que, aunque la meritocracia parece justa, puede intensificar las divisiones de clase e incentivar procesos de marginación a aquellos que no pueden acceder a las mismas oportunidades desde el principio.

blancas y protestantes de clase alta, sin apenas atender a su potencial académico? No. Vencer la tiranía del mérito no significa que el mérito deje de ser un factor en la asignación de trabajos y roles sociales [...] Lo que sí significa es que hay que reconsiderar el modo en que concebimos el éxito y hay que cuestionar la idea de meritocracia de que quienes están arriba en la sociedad han llegado ahí por sí mismos. Significa también cuestionar desigualdades de riqueza y de estigma social que hoy son defendidas en nombre del mérito, pero que concitan resentimientos, envenenan nuestra política y nos dividen. Asimismo, toda esta reconsideración debería centrarse en los ámbitos de la vida más fundamentales para la concepción meritocrática del éxito, el educativo y el laboral (Sandel, 2020: 116).

Esta construcción ideológica -que es la meritocracia- es revestida de legitimidad mediante el uso de herramientas científicas (i.e., la evaluación estandarizada o los indicadores de rendimiento escolar, entre otros), que aparentan ofrecer una explicación y una medición ecuánime del mérito individual.

Cabe señalar, entretanto, que este uso instrumental de lo empírico ejecuta una función performativa al consolidar la percepción de que el éxito académico es el resultado exclusivo del esfuerzo o la capacidad individual. De este modo, las condiciones estructurales que evidenció Coleman (1968) quedan desplazadas del debate público. En consecuencia, la ciencia deja de ser únicamente una herramienta de análisis crítico para convertirse en un mecanismo de legitimación, que contribuye a consolidar un orden simbólico en el que las diferencias sociales se naturalizan bajo el lenguaje de la objetividad, de lo neutro.

Coda. Hacia una reproducción del orden social

En el marco de lo expuesto, el discurso meritocrático y el ascensor social, se pone de relieve cómo las estructuras socioeconómicas contemporáneas legitiman las desigualdades bajo el velo del mérito individual. A lo largo del texto se ha evidenciado que la meritocracia funciona como un dispositivo ideológico que invisibiliza las barreras estructurales y consolida las jerarquías sociales establecidas.

El discurso meritocrático, se ha fundamentado históricamente en la ética protestante y -ulteriormente-, fue refrendado por la racionalidad capitalista, actúa como un mecanismo de legitimación que presenta el éxito o el fracaso como resultados exclusivamente atribuibles al esfuerzo individual. No obstante, se ha evidenciado cómo esta narrativa oculta los condicionantes estruc-

turales que limitan el acceso a oportunidades y restringen la movilidad social ascendente. En este sentido, se asume la tesis de que el mérito opera no como un ecualizador social, sino como un justificante ideológico que reproduce las desigualdades de clase, género y etnia.

Por su naturaleza, el sistema capitalista requiere de mecanismos constantes de reproducción para sostenerse y legitimarse en el tiempo. De esta forma, el sistema educativo cumple una función estructural inherente: no solo forma organización del trabajo, sino que también jerarquiza, clasifica y distribuye a los individuos en el mercado laboral según criterios que aparentemente objetivos, como el mérito o el rendimiento. Esta función es, por ende, funcional a la reproducción de las desigualdades propias del capitalismo (Althusser, 1971; Bourdieu y Passeron, 1979).

Desde los imaginarios sociales, esta lógica tiende a interpretarse como justa. Se naturaliza la idea de que el esfuerzo individual y las capacidades personales como responsables únicos (i.e. individuales) del éxito o el fracaso, dejando de lado las condiciones estructurales que condicionan las trayectorias. Por ello, la meritocracia se presenta como un valor incuestionable, que refuerza una narrativa en la que el sistema educativo aparece como el garante de la equidad, cuando, realmente contribuye a perpetuar el orden social (Dubet, 2006; Young, 1958).

Siguiendo a Viñao Frago (2023), el ascensor social se revela como una falacia en contextos donde las posiciones de privilegio se perpetúan mediante el capital cultural y económico acumulado, restringiendo el acceso a los recursos educativos que, en teoría, deberían funcionar como herramientas de movilidad. Este fenómeno se ve exacerbado por la creciente tendencia a la segregación espacial y escolar, que dificulta el contacto entre personas de diferentes orígenes socioeconómicos y, por tanto, perpetúa las dinámicas de reproducción social.

Asimismo, la objetivación del esfuerzo como criterio determinante del éxito educativo contribuye a reforzar la narrativa meritocrática, desdibujando las desigualdades estructurales que Coleman (1968) ya había señalado. A medida que las instituciones educativas continúan operando bajo esta lógica, el fracaso escolar se personaliza, y las estructuras de poder que limitan el acceso a los recursos educativos quedan al margen del debate público.

Finalmente, se ha argumentado que la ciencia, al funcionar como un mecanismo de objetivación del discurso meritocrático, consolida la percepción de que las posiciones sociales son el resultado natural de una competencia justa y equitativa. Dicha visión es fuertemente cuestionada por estudios contemporáneos que muestran cómo las narrativas meritocráticas, por un lado, no re-

suelven las desigualdades sociales y, por el otro, las legitiman al presentarlas como producto del mérito individual.

El análisis desarrollado pone en evidencia que la meritocracia ha actuado -y actúa- como un dispositivo ideológico que naturaliza las desigualdades estructurales bajo el discurso del esfuerzo individual, dificultando la posibilidad de una movilidad social y ocupacional real y de carácter efectivo.

Referencias

- Alonso, L. E., y Fernández Rodríguez, C. J. (2013). *Los discursos del presente: Un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Siglo XXI.
- Althusser, L. (2024). Ideology and ideological state apparatuses: Notes towards an investigation. En *New Critical Writings in Political Sociology* (pp. 299-340). Routledge.
- Barbalet, J. (2008). *Weber, passion and profits*. Cambridge University Press.
- Bell, D. (1973). *The coming of Post-Industrial Society: A venture in social forecasting*. Basic books.
- Bell, D. (2004). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza.
- Bills, D. B. (2019). The problem of meritocracy: the belief in achievement, credentials and justice. En *Research Handbook on the Sociology of Education* (pp. 88-105). Edward Elgar Publishing.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Bourdieu, P., y Passeron, J.-C. (1970). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Laia.
- Bowles, S., y Gintis, H. (1985). *Instrucción escolar en la América capitalista: reforma educativa y las contradicciones de la vida económica*. Siglo XXI.
- Breen, R., & Goldthorpe, J. H. (1999). Class inequality and meritocracy: a critique of Saunders and an alternative analysis. *The British Journal of Sociology*, 50(1), 1-27.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- Chriss, J. J. (2019). Weber's Protestant Ethic Thesis in Five Steps. *Academicus International Scientific Journal*, 20, 51-65.
- Coleman, J. S. (1968). Equality of educational opportunity. *Integrated Education*, 6(5), 19-28.
- Duarte, K. (2009). Sobre los que no son, aunque sean. Éxito como exclusión de jóvenes empobrecidos en contextos capitalistas. *Última Década*, 17(30), 11-39.
- Dubet, F. (2006). *La Escuela de las oportunidades: ¿Qué es una escuela Justa?* Gedisa.
- Enguita, M. F. (2016). El Informe Coleman: Una lección de sociología y de política. *Revista de Sociología de la Educación-RASE*, 9(1), 37-45.
- García Ruiz, G., y Archevaleta Pintó, C. (2011). ¿Cuáles son las razones subyacentes al éxito educativo de Corea del Sur? *Revista Española de Educación Comparada*, 18, 203-224.

- Goldthorpe, J. H. (2013). *Social Class and the Differential School Attainment of Children*. Oxford University Press.
- Grau-Grau, M. (2022). La ilusión del mérito. Capital cultural y reproducción. *Revista Española de Sociología*, 31(3), a124.
- Greenfield, L. (2001). *The spirit of capitalism: Nationalism and economic growth*. Harvard University Press.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Traficantes de Sueños.
- Jin, J., y Ball, S. J. (2019). Meritocracy, social mobility and a new form of class domination. *British Journal of Sociology of Education*, 41(1), 64-79.
- Kristol, I. (1970). «When virtue loses all her loveliness». Some reflections on capitalism and «the free society». *The Public Interest*, 26, 3-15.
- Lüscher, K. (2002). Intergenerational ambivalence: Further steps in theory and research. *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 585-594.
- Markovits D. (2019). *The meritocracy trap: How America's foundational myth feeds inequality, dismantles the middle class, and devours the elite*. Penguin Press.
- Marks, G. N. (2010). Meritocracy, modernization and students' occupational expectations: Cross-national evidence. *Research in Social Stratification and Mobility*, 28(3), 275-289.
- Martín Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138.
- Merton, R. K. (1980) [1946]. *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Espasa Calpe.
- Mijs, J. J. (2016). The unfulfillable promise of meritocracy: Three lessons and their implications for justice in education. *Social Justice Research*, 29, 14-34.
- Moretti, R., & Contreras, J. (Eds.). (2021). *Mérito y meritocracia: Paradojas y promesas incumplidas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Offe, C. (2018). *Contradictions of the welfare state*. Routledge.
- Oh, J. (2024). Meritocracy as an ideology for neoliberalism: A Korean case. *Journal of Confucian Philosophy and Culture*, 41, 149-182.
- Parsons, T. (1977). *The evolution of societies*. Prentice-Hall.
- Piketty, T. (2021). *Una breve historia de la igualdad*. Ariel.
- Putnam, R. D. (2015). *Our Kids: The American Dream in Crisis*. Simon & Schuster.
- Reay, D. (2020). The perils and penalties of meritocracy: Sanctioning inequalities and legitimating prejudice. *The Political Quarterly*, 91(2), 405-412.
- Rehbein, B., y Souza, J. (2015). The incorporation of symbolic inequality. *Transcience*, 6(1), 20-32.
- Romero Moñivas, J. (2016). Una aproximación teórica a la ambivalencia humana y sus implicaciones para la sociología. *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Socia-*

les, 33, 37-64.

Sandel, M. J. (2020). *La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?* Debate.

Saunders, P. (1995). Might Britain be a meritocracy? *Sociology*, 29(1), 23-41.

Saunders, P. (2002). Reflections on the meritocracy debate in Britain: A response to Richard Breen and John Goldthorpe. *British Journal of Sociology*, 53(4), 559-574.

Souroujon, G (2021). Las trampas de la meritocracia: Un recorrido por los problemas más significativos que esconde el merecimiento. *Revista de Estudios Políticos*, 191, 59-80

Treiman, D. J. (1970). Industrialization and social stratification. En *Social Stratification: Reserach and Theory for the 1970s* (pp. 207-234). Bobbs-Merrill.

Vijay, D., & Nair, V. G. (2021). In the name of merit: Ethical violence and inequality at a business school. *Journal of Business Ethics*, 179(2), 315-337.

Viñao Frago, A. (2024). *Meritocracia, igualdad, educación. Por una vuelta a la historia social de la educación*. DM Editor.

Weber, M. (1992) [1904]. *The Protestant ethic and the spirit of capitalism*. Routledge

Young, M. (1958). *The Rise of the Meritocracy: 1870-2033. An Essay on Education and Equality*. Thames & Hudson.

Zhang, T. (2024). The illusion of meritocracy. *Social Science Information*, 63(1), 114-128.

